

www.elboomeran.com

Pierre Michon

Los Once

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Les Onze

© Éditions Verdier

París, 2009

Ouvrage publié avec le concours du Ministère français

chargé de la Culture-Centre national du livre

Publicado con la ayuda del Ministerio francés

de Cultura-Centro Nacional del Libro

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: «Ferdinand Guillemardet» (detalle), Francisco de Goya, 1798,

foto © RMN / Stéphane Maréchalle

Primera edición: septiembre 2010

© De la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7539-3

Depósito Legal: B. 25768-2010

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36

08830 Sant Boi de Llobregat

Es un goce inmenso
elegir domicilio en la cantidad.

BAUDELAIRE

I

Era de corta estatura y reservado, pero llamaban la atención su silencio febril, su buen humor taciturno, sus modales, ora arrogantes, ora sesgados, hay quien dijo que torvos. Eso es al menos lo que aparentaba ya entrado en años. Nada de eso se ve en el retrato que, en los techos de Wurzburg, precisamente en la pared sur de la Kaisersaal, en la comitiva de bodas de Federico Barbarroja, dejó de él Tiepolo, cuando contaba el modelo veinte años: ahí anda, a lo que dicen, y podemos ir a verlo, por las alturas y entre cien príncipes, cien condestables y maceros, otros tantos esclavos y mercaderes, mozos de cuerda, bestias y *putti*, dioses, mercancías, nubes, las estaciones del año y los continentes, que suman cuatro, y dos pintores irrecusables, aquellos que de esa forma juntaron a la gente en esa recensión exhaustiva y están, no

obstante, entre la gente, Giambattista Tiepolo en persona y Giandomenico Tiepolo, su hijo. Así que él también está ahí, la tradición requiere que esté y que sea el paje que lleva la corona del Sacro Imperio encima de un almohadón con borlas de oro; se le ve la mano bajo el almohadón; el rostro, un tanto inclinado, mira al suelo; todo el busto cede y parece acompañar el peso de la corona: se dobla bajo el Imperio, tierna y suavemente.

Es rubio.

Nada le falta a esta identificación para resultar seductora, aun cuando fuera una fantasía: este paje es un arquetipo, no un retrato: Tiepolo lo tomó del Veronés, no de los chiquillos que tiene por asistentes; es un paje, es el paje, no es nadie. Una costumbre no mucho menos dudosa lo coloca cuarenta años después, otra vez por las alturas, encaramado en los ventanales que visita el viento, entre los testigos del *Juramento del Juego de Pelota*, en el boceto que de ese cuadro hizo David; es esa silueta de edad imprecisa y con el sombrero sesgado que señala a unos niños el impulso torrentoso de quinientos sesenta brazos extendidos. Ante ese hombre febril, pero tranquilo, que, en lo que al rostro se refiere, podría desde luego ser él, soy más bien de los que pronuncian el nombre de Marat. Marat, sí, porque esa anécdota a lo Rousseau, esos

niños, esa mímica de pedagogía, no, todo eso no es lo propio de nuestro hombre: aunque pintó niños, porque son objetos que están en este mundo, no tuvo hijos y puede suponerse que los niños no le llamaban la atención, a menos que también ellos fueran, en cierta forma, rivales suyos. Doy de lado de mala gana el dibujo a lápiz de Georges Gabriel, que pasó mucho tiempo por ser su cara, y en donde lo vemos una vez más tocado con sombrero, facial, desorbitado, medroso, ofendido, como si lo hubieran pillado con la mano en el bolsillo de alguien, y que me recuerda ese famoso grabado que es el autorretrato de Rembrandt; hoy sabemos que ése es o el zapatero Simon, verdugo y bufón del niño Luis XVII en *Le Temple*, o Léonard Bourdon, un *sans-culotte* desenfrenado del año II que cambió de bando en termidor. El retrato, hermoso e indiscutible, que le hizo Vincent en 1760, es decir cuando ya era un pintor maduro, y que perteneció a Felipe-Égalité, anteriormente Felipe de Orleans, anda perdido desde la época del Terror. No se sabe de ningún autorretrato. Entre el paje del Imperio y el anciano frenético y sesgado, no contamos con nada que se le parezca.

Ese retrato tardío suyo que se atribuye a Vivant Denon es una falsificación.

Esto por lo que se refiere a la apariencia, a la

posteridad de la apariencia. Es poco, pero basta de sobra: un joven todo él de luz que la vejez casca y envilece; un rostro tierno que el tiempo aliena hasta el punto de que podemos confundirlo con el de Simon, uno de los seres más viles de esas épocas fecundas en monstruos. Ahí está él, en ese envejecimiento poco ordinario. Y, para paladear mejor esta broma del Tiempo, o para olvidarla por un momento, nos gustó reconocerlo en el rubito de Wurzburg. Nos gusta instituirlo en nuestros sueños con esa forma. Era hermoso e insolente, lo querían, lo aborrecían, era de esos jóvenes de dientes largos que no tienen nada que perder, que se atreven a todo, prendados del porvenir hasta tal punto que parecen estar mostrando el propio porvenir a cualquiera que pase por su lado: y los hombres sin porvenir lo odiaban; los demás, no. Se han escrito mil novelas sobre esto, sobre los hombres a quienes dejó asombrados, sobre la apatencia que de él tuvieron las mujeres y la apatencia que él tuvo de ellas recíprocamente; sabida es la historia de los bastonazos que cruzó con el príncipe-obispo por una muchacha, la persecución por la escalinata, la risa de Tiepolo allá en lo alto; casi puede oírse esa risa sobrenatural de mago; nos da por pensar que para él, para el rubito, llevaron a esos techos a todas esas mujeres alti-

vas y fáciles; tanto es así que en el fresco en que aparece el paje, en donde la leyenda lo coloca, nos da a veces la impresión (nos entra ese deseo) de que, diez pasos por delante de él, la hermosa Beatriz de Borgoña, arrodillada junto al apuesto Barbarossa, su señor, y sometida al aplomo, el báculo, la mitra y el guante del príncipe-obispo que los casa, que Beatriz, decíamos, va a darse la vuelta hacia él, a alzarse, hacia él con todo ese peso de carne rubia y de brocado azul, va a acercársele y, tirando al suelo la corona, a estrecharlo en los brazos.

Tengo ese deseo, esa idea.

Muchas más ideas podría tener en los peldaños de esa escalera monumental, en el corazón de los bosques de Franconia, con ese mago suyo subido a los andamios, con ese hijo de mago que está aprendiendo la magia y, por doquier, esos chiquillos ayudantes que corren, ríen, cuchichean, zumban, fabrican el azul, el rosa, el oro, trepan por escaleras de mano, todos los espíritus del aire. Y cuántas ideas se me ocurrirían también con esos vinos pálidos que bebían allá. Porque, desde luego, para evocarlo a él nada me sería más dulce que su primera juventud, en la Venecia de la década de 1750 que sueña, danza y muere, y sobre todo en esa Franconia silvestre, aérea, poblada de principúculos puntillosos y de hermosas rubias, esa

Jauja germánica adonde, desde Venecia, se lo llevó Tiepolo envuelto en su amplio gabán mozartiano. Pero me urge ir al encuentro del otro, del hombre torvo y de edad imprecisa que se parece al zapatero Simon; y por eso no escucharé a las sirenas germánicas; ni a las otras, las que mejor cantan, las más encumbradas, las venecianas, la mismísima sirena Venecia que, hacia 1750, era como esa hermosa joven de quien hablaban nuestras abuelas, a quien habían conocido todas, que era, aquí en la tierra, como la aparición de la alegría nueva e insaciable, que bailó toda la noche, que seguía bailando y que, al llegar la mañana, tras beberse de un trago un vaso entero de agua fría, hete aquí que cayó muerta. No, nada de Venecia, nada de jóvenes, nada de romanzas; pues todo eso, lo joven, lo rubio, el vino de magia, el gabán mozartiano, Giambattista Tiepolo padre con sus cuatro continentes bajo el gabán, todas esas formas movedizas y vivas no tienen más sentido que ir a dar a la postre a un cuadro que las niega, las exalta, las golpea a mazazos, llora ese destrozo y de él disfruta de forma inmoderada, a través de once estaciones de carne, de once estaciones de paño, de seda, de fieltro, de once formas de hombre; todo eso no cobra sentido ni se pone en claro sino que en la página de tinieblas, *Los Once*.